Que quede luz después de nosotros

Dos ambiciones no tienen por qué hacerse sombra



Laura Bellini

Que quede luz después de nosotros

Dos ambiciones no tienen por qué hacerse sombra

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903742

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El precio de la propia luz 11
Capítulo 2 - Límites y promesas 21
Capítulo 3 - La temperatura de la confianza 32
Capítulo 4 - Fuera del horario de trabajo 41
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 50
Capítulo 6 - La luz entre nosotros 61
Capítulo 7 - Un nombre escrito con luz 71
Capítulo 8 - El mundo fuera de la fábrica de vidrio 82
Capítulo 9 - El riesgo grabado en el vidrio 93
Capítulo 10 - Un lugar para dos 104
Capítulo 11 - Lo que no nos dijimos 116
Capítulo 12 - El apellido bajo el proyecto 126
Capítulo 13 - El precio de la visibilidad 138
Capítulo 14 - Entre el deseo y la verdad 148
Capítulo 15 - Bajo el nombre de otro 158
Capítulo 16 - La distancia entre las luces 170
Capítulo 17 - Mi propia voz 179
Capítulo 18 - Un lugar para dos nombres 189
Capítulo 19 - Dos nombres, una historia 201
Capítulo 20 - Que quede luz después de nosotros 211

INTRO

Lo primero que sentí al entrar en la nave fue el calor. No el calor agradable de una casa ni el aire seco de un radiador. Era un calor denso, casi material, que se depositaba sobre la piel y se colaba bajo la ropa, impregnado de olor a metal, polvo y algo mineral que no sabía identificar. Me detuve detrás de la línea amarilla pintada en el suelo y observé durante un momento cómo un hombre, al otro extremo de la nave, hacía girar una esfera de vidrio incandescente en la punta de una larga caña de soplado. Era naranja, casi blanca en el centro, como un sol diminuto sostenido en las manos de alguien que sabía exactamente hasta dónde podía dominarlo.

Precisamente por eso había venido.

No por el sol. Por el control.

Me quedaban cuarenta y dos minutos para la reunión, llevaba una carpeta llena de dibujos y tenía un plan en el que había trabajado durante siete meses. Seis lámparas. Una colección. Vidrio moldeado a mano, sin una perfección fingida, con un ligero desplazamiento del eje de luz que haría que cada pieza pareciera distinta al anochecer y a plena luz del día. Había encontrado la tecnología adecuada, calculado los costes y hablado con galerías de Varsovia, Berlín y Copenhague. Solo me faltaba un taller capaz de fabricar el vidrio exactamente como yo quería.

El taller de Maurycy Kłos.

La simple certeza de que necesitaba a otra persona me irritaba más de lo que debería.

Saqué el teléfono, fotografié la luz reflejada en una mesa de acero y deslicé instintivamente el dedo por la pantalla, como si ya pudiera encuadrar una lámpara terminada a partir de aquella imagen. El vidrio debía difundir la luz, no aprisionarla en su interior. Mis proyectos siempre empezaban con esa frase. La gente compraba lámparas porque necesitaba un objeto. Yo las diseñaba para que, al cabo de unas semanas, dejaran de fijarse en el objeto y empezaran a percibir el espacio que creaba.

—¿Señora Sowa?

Me volví.

El hombre que se acercaba no parecía alguien enviado desde recepción para recoger a una visitante. No llevaba camisa ni chaqueta, sino una camiseta oscura, pantalones de trabajo y unas gafas de protección levantadas sobre la cabeza. Las canas de sus sienes estaban allí sin el menor intento de disimulo. Una cicatriz clara le cruzaba el antebrazo izquierdo, tenía las manos cubiertas de un polvo mate y su manera de mirar era decididamente demasiado tranquila para alguien que llegaba nueve minutos tarde a una reunión.

Consulté el reloj.

—Si usted es Maurycy Kłos, sí.

Una comisura de sus labios se movió ligeramente.

—¿Vamos a empezar hablando de puntualidad?

—Empezamos hace nueve minutos.

—Así que sí.

Se acercó y me tendió la mano. Su apretón fue firme, pero sin ostentación. De esos que confirman una presencia en lugar de intentar demostrar algo.

—Maurycy Kłos. Lo siento. Una de las pantallas se ha agrietado durante el recocido. Preferí averiguar por qué antes de empezar a contarle que aquí todo funciona a la perfección.

Aquello debería haberme desarmado.

No lo consiguió.

Pero despertó mi interés.

—Las cosas perfectas rara vez me interesan.

Miró la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—Entonces puede que nos entendamos.

Echó a andar por la nave y lo seguí. No me condujo a una oficina. En lugar de eso, pasamos junto a dos hornos, una mesa cubierta de herramientas y varios moldes de madera oscurecidos por años de uso. Cada pocos metros alguien lo detenía. Respondía brevemente, sin levantar la voz. En una ocasión cambió de decisión después de escuchar una sola frase de un trabajador. En otra pidió que no corrigieran una pieza, sino que la dejaran tal cual para examinarla cuando se enfriara. No interpretaba el papel de propietario. No lo necesitaba.

Y precisamente ese era el problema.

Me gustaban las personas competentes.

Demasiado.

—Esperaba una mesa, un café y una conversación sobre plazos —comenté.

—Todo eso vendrá después. Primero quiero enseñarle por qué la mitad de sus dibujos no van a salir como usted supone.

Me detuve.

Él dio otros dos pasos antes de darse cuenta.

—¿Cómo dice?

Se volvió y me miró sin el menor rastro de arrepentimiento.

—He revisado los materiales que me envió.

—¿Y en nueve minutos ha conseguido decidir que la mitad no funcionará?

—No. Ayer me llevó casi dos horas.

Sentí la primera grieta, muy clara, en mi plan para aquel día.

—Qué curioso que no me lo comentara por correo.

—Por correo me habría contestado que había que encontrar una solución.

—Porque hay que encontrarla.

Esta vez sonrió de verdad.

No fue una sonrisa amplia ni seductora. Sonrió como alguien que acababa de escuchar exactamente lo que esperaba.

—Precisamente por eso la invité.

No me gustó que una sola frase bastara para desplazar mi enfado unos centímetros hacia la curiosidad.

Maurycy abrió una puerta pesada que daba a una habitación más pequeña. En las estanterías había muestras de vidrio: lechoso, ahumado, transparente, coloreado en masa. Algunas eran lisas; otras, onduladas, como si alguien hubiera detenido el movimiento del agua en su interior. En el centro de una mesa descansaba una impresión de uno de mis diseños. Mi dibujo estaba lleno de anotaciones a lápiz.

Me acerqué de inmediato.

—Estas son mis proporciones.

—Lo sé.

—Las ha cambiado.

—He señalado los puntos en los que el vidrio decidirá algo distinto de lo que usted ha previsto.

Levanté la mirada.

—El vidrio no toma decisiones.

—Eso significa que todavía no ha trabajado con él.

Debería haber considerado aquella respuesta condescendiente. Sin embargo, escuché en su voz algo que reconocía en la mía. Una seguridad que no nacía de creerse infalible, sino de los cientos de errores cometidos anteriormente.

Maurycy tomó de la mesa una pequeña muestra de vidrio ámbar y la alzó hacia la luz. A primera vista era demasiado pesada, demasiado oscura para mi proyecto. Después la desplazó unos centímetros y vi una fina veta dorada que atravesaba el centro del material.

Durante un instante no dije nada.

—La temperatura modifica la distribución del color —explicó—. Si intentamos reproducir exactamente lo que ha dibujado, conseguirá un objeto bonito. Si permitimos que el material se aleje un poco del diseño, puede que consiga luz.

Extendí la mano.

No me entregó la muestra inmediatamente.

Nuestras miradas se encontraron por encima del fragmento de vidrio.

—¿Puedo? —pregunté.

Solo entonces lo depositó en mi palma.

Estaba frío y pesaba más de lo que aparentaba. Lo moví bajo la lámpara. La línea dorada apareció de nuevo, esta vez sobre mis dedos.

Ya podía ver aquella lámpara.

No la de mi dibujo.

Una mejor.

El descubrimiento me irritó casi tanto como me maravilló.

—Ha dicho que la mitad de los diseños no funcionarían.

—Sí.

—¿Y la otra mitad?

Maurycy apoyó una mano sobre la mesa. Estaba al otro lado, lo bastante cerca como para que pudiera sentir el calor de la nave que desprendía su cuerpo y un tenue olor a humo, aunque no lo había visto fumar.

—La otra mitad puede ser el comienzo de algo que ninguno de los dos habría conseguido crear por separado.

Bajé la mirada hacia mi propio dibujo, cubierto de sus observaciones.

Había venido para encontrar un fabricante para mi colección. Debía recibir la documentación, presupuestar la producción y demostrar que era capaz de materializar mi idea sin alterar aquello que me pertenecía.

En menos de un cuarto de hora empezaba a comprender que Maurycy Kłos no tenía intención de limitarse a ejecutar nada.

Lo peor era que, por primera vez en muchos meses, deseaba de verdad escuchar lo que tenía que proponerme.

Levanté la cabeza.

—Muy bien. ¿Va a enseñarme en qué más cree que me equivoco?

Durante un segundo me miró como si aquella pregunta tuviera una importancia mayor que una simple conversación sobre vidrio.

—Si de verdad quiere saberlo.

Quería.

Y precisamente por eso, mientras permanecía frente a él bajo la luz ambarina de la fábrica de vidrio, pensé por primera vez que mi plan, tan cuidadosamente protegido, quizá no sobreviviría a aquel encuentro.

Lo único que no sabía era qué me daba más miedo: que Maurycy intentara cambiarlo o que yo le permitiera cambiar también algo dentro de mí.

Capítulo 1 - El precio de la propia luz

Maurycy extendió otros tres dibujos sobre la mesa y enseguida me di cuenta de que no los había colocado siguiendo su numeración. Había elegido los que consideraba más difíciles. Durante un momento observé sus manos deslizando las hojas sobre la superficie de madera. Eran las manos de un hombre acostumbrado al peso, a las altas temperaturas y a un material que no perdonaba las distracciones. Aun así, trataba mis proyectos con una delicadeza casi sorprendente en alguien que acababa de cuestionar sin ceremonias la mitad de mi trabajo.

—Empecemos por este —dijo, señalando una lámpara con una pantalla asimétrica.

—¿Por el más difícil?

—Por el más honesto.

Lo observé con mayor atención.

—¿Siempre hablas así?

—¿Cómo?

—Como si cada frase que pronunciaras mereciera quedar grabada en una pared del taller.

Soltó una risa discreta.

—Solo cuando alguien intenta convencerme de que el vidrio debería comportarse como el aluminio.

No tenía intención de sonreír. Por desgracia, lo hice.

Saqué una hoja adicional de mi carpeta. Contenía una sección técnica de la pantalla que, al parecer, Maurycy no había recibido con la documentación enviada. La extendí junto a sus anotaciones y señalé el lugar donde pensaba

ocultar el soporte. La estructura se basaba en dos elementos independientes. Uno debía soportar la carga y el otro únicamente difundir la luz.

—No intento obligar al vidrio a hacer nada que no pueda hacer —expliqué—. Quiero que parezca suspendido en el aire sin ayuda del metal.

Maurycy se inclinó sobre la sección.

—Esto no estaba en los archivos.

—Porque es una solución estructural, no una propuesta de fabricación.

—Y, aun así, esperas que te prepare un presupuesto.

—Espero mantener una conversación después de la cual pueda entregarte la documentación completa.

Guardó silencio durante unos instantes. Después apartó el dibujo anterior y acercó el nuevo hacia sí.

—Entonces empecemos desde el principio. Pero esta vez los dos ponemos las cartas sobre la mesa.

No respondí inmediatamente.

En los quince años que llevaba dirigiendo mi propio estudio había aprendido que la palabra «colaboración» a veces era una forma elegante de describir una situación en la que una persona aportaba la idea y otra se apropiaba del derecho a contar cómo había nacido. Ya me había tocado diseñar para empresas que imprimían mi nombre en sus catálogos con una letra más pequeña que la utilizada para indicar el tipo de cable de alimentación. No quería regresar a aquellos tiempos.

—Depende de lo que entiendas por poner todas las cartas sobre la mesa.

—No me interesa tu lista de clientes ni tu margen de beneficio. Quiero saber si debo fabricar seis objetos o crear contigo algo que todavía no existe.

Aquella fue la primera frase que realmente me hizo detenerme.

—He venido con una colección terminada.

—Has venido con seis proyectos muy buenos. No es exactamente lo mismo.

Debería haberme sentido ofendida. En cambio, miré la muestra de vidrio ámbar que descansaba junto a los dibujos. Apenas una hora antes no había imaginado ningún lugar para ella. Ahora veía cómo podía transformar la lámpara más importante de toda la colección.

—¿Qué quieres exactamente, señor Kłos?

—Maurycy. Si vamos a pasar varias semanas juntos, los apellidos acabarán resultando agotadores.

—Todavía no hemos acordado que vayamos a pasar varias semanas juntos.

—Lo sé. Por eso intento convencerte.

Levantó la mirada y, por primera vez desde que nos conocimos, no sonrió en absoluto.

—Quiero participar en la creación de esta colección. No limitarme a fabricarla.

Al otro lado de la pared se escuchó un golpe metálico. Alguien gritó algo ininteligible y después volvió a oírse el zumbido constante de la ventilación. Pensé que, en otras circunstancias, habría considerado aquella propuesta como el cumplimiento de un sueño profesional. Trabajar junto a un hombre que comprendía el material tan bien como yo

comprendía la luz era, después de todo, exactamente lo que necesitaba.

El problema era que no había planeado compartir el timón.

—¿Qué significaría eso en la práctica?

—Trabajaríamos juntos en la forma. Tú te encargarías de la luz, la funcionalidad y el lenguaje de toda la colección. Yo, del vidrio, la tecnología y las posibilidades del taller. Si algo no funciona, ambos tendremos derecho a decir que no.

—¿Y si no estamos de acuerdo?

—Buscaremos una tercera solución.

—Suena precioso hasta que aparece el dinero.

Maurycy asintió.

—Por eso también hablaremos de dinero.

Nos sentamos a la mesa. Sacó un cuaderno con la cubierta manchada, no un ordenador portátil ni una presentación preparada de antemano. Anotaba las cifras rápidamente, sin adornos. El coste de los moldes, las pruebas, las horas de trabajo, los desperdicios, el recocido y las posibles correcciones. No intentaba ocultar las partidas que podían resultar desfavorables. Cuando le pregunté por el porcentaje de piezas defectuosas, respondió sin vacilar.

—¿Con esa geometría? Al principio puede llegar al veinticinco por ciento.

—Es mucho.

—Lo suficiente para no prometerte milagros.

—¿Y después?

—Si desarrollamos bien el proceso, podremos bajarlo de un diez por ciento.

Empecé a tomar notas. En un momento dado me ofreció un lápiz antes de que pudiera buscar uno en mi bolso. Aquel pequeño gesto tenía una intimidad extraña precisamente por lo cotidiano que resultaba. Se había dado cuenta de que necesitaba una herramienta y simplemente me la había entregado. Sin comentarios, sin interrumpir la conversación.

Durante la siguiente hora discutimos sobre milímetros, temperaturas y proporciones. Maurycy rechazó mi primera solución para la suspensión. Yo le demostré que su propuesta empeoraría la distribución de la luz y crearía una mancha oscura en el techo. Trajo una muestra de vidrio de otro grosor. Acerqué la linterna de mi teléfono y después desplacé la fuente luminosa hasta conseguir el ángulo adecuado.

—¿Lo ves? —pregunté instintivamente.

Solo me di cuenta de que había empezado a tutearlo cuando respondió.

—Lo veo.

No me corrigió. Tampoco aprovechó la ocasión para hacer una broma. Simplemente se colocó a mi lado para observar desde la misma perspectiva.

Fue entonces cuando sentí por primera vez lo fácil que sería acostumbrarme a su presencia.

No a su aspecto, aunque resultaba difícil no reparar en los hombros anchos y el rostro sereno de un hombre que no intentaba ocultar sus cuarenta y siete años. Más bien a su manera de escuchar. No esperaba únicamente su turno para hablar. Cuando yo exponía un argumento, lo examinaba, incluso si contradecía una opinión que había defendido antes.

Hacía mucho tiempo que echaba de menos una atención así.

Hacia las dos de la tarde entró en la habitación una mujer con un delantal azul marino. Tenía el pelo corto y la mirada de alguien a quien los años habían enseñado a no sorprenderse fácilmente.

—Maurycy, Andrzej pregunta si apruebas la prueba de mañana. Y ha llegado la confirmación de la imprenta.

Le entregó dos documentos.

—Gracias, Ewa. Voy en diez minutos.

La mujer me miró con una curiosidad amable.

—¿La señora de las lámparas?

—Liliana Sowa.

—Ewa Borkowska. Me encargo de impedir que este hombre prometa a los clientes cosas que luego no se pueden fabricar.

—Hoy me ha prometido muy poco.

—Eso significa que le importa.

Maurycy suspiró.

—Ewa.

—Ya me voy.

Cuando se cerró la puerta, advertí que uno de los documentos correspondía al catálogo del taller. En la parte superior aparecía un logotipo grande: KŁOS. SZKŁO I ŚWIATŁO. Debajo había fotografías de varios objetos elegantes.

—¿Tenéis una línea de productos propia? —pregunté.

Maurycy cubrió el documento con su cuaderno, pero no lo bastante deprisa como para que el gesto pareciera casual.

—Desde hace unos años. Una línea pequeña.

—¿Y quieres ampliarla?

—Quiero que el taller deje de ser conocido únicamente por fabricar encargos de otros.

Comprendí entonces por qué mi colección podía interesarle más de lo que había sugerido nuestra primera conversación.

—Así que los dos tenemos algo que demostrar.

Me miró.

—¿A quién?

—Depende del día.

Por un instante pensé que iba a pedirme más explicaciones. No lo hizo. Cerró el cuaderno y apartó la silla.

—Ven. Quiero enseñarte otra cosa.

Me llevó a una pequeña habitación detrás de la nave, donde habían colocado sobre un soporte metálico una lámpara que no se parecía a nada de su catálogo. La pantalla era irregular, casi transparente por un lado y oscura como un té fuerte por el otro. La luz la atravesaba de manera desigual y proyectaba sobre la pared una suave franja luminosa.

—Es un experimento de hace dos años —explicó—. Nunca llegó a comercializarse.

—¿Por qué?

—No conseguí encontrar una estructura adecuada.

Me agaché para examinar la base. Era pesada, demasiado voluminosa. Apagaba la ligereza del vidrio.

—Sé qué falla.

—Me lo imagino.

—No necesitas una base. Necesitas un contrapeso oculto en el soporte.

Maurycy se puso en cuclillas a mi lado.

—Eso mismo pensé cuando vi tu proyecto número cuatro.

Volví la cabeza. Nuestros rostros quedaron más cerca de lo que habría sido habitual en una conversación profesional. Distinguí las pequeñas arrugas junto a sus ojos y un corte diminuto en la barbilla. Olía a jabón, madera y algo cálido que no conseguía separar del aroma de la nave.

Él no se apartó bruscamente. Yo tampoco.

—¿Por eso me invitaste? —pregunté en voz más baja.

—Entre otras cosas.

—¿Y cuáles son las demás razones?

Se levantó primero y me tendió la mano. La acepté, aunque no necesitaba ayuda.

—Todavía no las hemos determinado.

Regresamos a la mesa con otra actitud. Ya no tenía ganas de demostrar que todas mis decisiones originales habían sido perfectas. Quería descubrir qué podríamos conseguir si combinábamos su conocimiento del vidrio con mi experiencia en el diseño de iluminación.

Eso no significaba, sin embargo, que estuviera dispuesta a aceptarlo todo.

—Hagamos una prueba —propuse—. Una sola pantalla. Sin comprometernos con toda la colección.

—¿De qué proyecto?

—Del cuarto. Pero con el soporte nuevo.

—Y con otro grosor de vidrio.

—De acuerdo.

Maurycy anotó lo que habíamos acordado y después vaciló ante una línea en blanco.

—De momento podríamos registrarlo como un proyecto del taller.

Levanté la cabeza.

—De momento puedes llamarlo incluso «tortita cósmica», mientras la documentación siga siendo interna. Pero en el contrato quiero una cláusula clara sobre la autoría del diseño.

No le gustó. Vi una breve tensión en su mandíbula.

—Por supuesto.

—Maurycy.

—¿Sí?

—No lo he mencionado por casualidad.

Dejó el bolígrafo.

—Lo sé.

Durante unos instantes permanecimos sentados frente a frente, en silencio. No era un silencio desagradable, pero tenía el peso de algo que ninguno de los dos quería nombrar todavía.

—Está bien —dijo finalmente—. Prepararé una propuesta con las condiciones. Tú la revisarás. No empezaremos nada sin tu consentimiento.

—Y tú no puedes empezar sin mis dibujos.

—Parece que estamos condenados a depender el uno del otro.

—No exageres. Por ahora, solo para una pantalla.

Sonrió y me di cuenta de que había estado esperando aquella sonrisa.

Cuando salí del taller, el cielo sobre la Baja Silesia tenía el color del grafito mojado. El aire estaba frío y olía a lluvia. Maurycy me acompañó hasta la puerta, aunque no tenía ninguna obligación de hacerlo.

—Liliana.

Me volví.

—¿Sí?

—No quiero que pienses que intento apropiarme de tu colección.

Lo observé durante unos segundos.

—Entonces no me des motivos para pensarlo.

No se ofendió.

—Es justo.

Subí al coche con una carpeta llena de nuevas anotaciones y la cabeza repleta de pensamientos que no había planeado llevarme conmigo. Por primera vez en meses, no estaba segura de cómo sería el resultado final de mi trabajo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, aquella incertidumbre no resultaba únicamente desagradable.

Capítulo 2 - Límites y promesas

A la mañana siguiente me despertó una llamada de Marta antes de que hubiera podido tomarme el primer café. Mi amiga tenía la costumbre de llamar a horas que consideraba razonables, independientemente de que el resto del mundo compartiera su opinión. Durante los últimos doce años había dirigido una pequeña galería de diseño en Breslavia y pertenecía al reducido grupo de personas capaces de decirme que uno de mis proyectos era malo sin arriesgar nuestra amistad.

—¿Y qué tal fue? —preguntó sin saludar.

Estaba junto a la ventana del apartamento que había alquilado, contemplando los tejados mojados de una pequeña localidad de la Baja Silesia. Sobre la mesa descansaban los dibujos que no había guardado la noche anterior. A su lado había una taza de café frío y la muestra de vidrio ámbar que Maurycy me había permitido llevarme para examinarla con luz natural.

—Interesante.

—Esa es tu palabra para una catástrofe o una fascinación. ¿Cuál de las dos esta vez?

—Todavía no lo sé.

Marta se echó a reír.

—Entonces el hombre es guapo.

—Estamos hablando de un taller.

—Por supuesto. Por eso suenas como si tuvieras diecisiete años e intentaras convencer a tu madre de que solo vas a casa de alguien a pedirle prestado un cuaderno.

Apoyé la frente contra el cristal frío.

—Tiene cuarenta y siete años, dirige su propia empresa y considera que la mitad de mis proyectos necesitan modificaciones.

—Suena prometedor.

—Marta.

—¿Qué? Por fin has conocido a alguien que no se limita a decirte lo que quieres escuchar.

No respondí. No porque me faltaran argumentos. Simplemente sabía que, en aquel punto concreto, tenía razón.

Durante los últimos años había construido una vida que se parecía exactamente a la que deseaba. Mi propio estudio, un apartamento en Breslavia, suficientes encargos como para no tener que aceptar todos los que llegaban y suficiente soledad como para que nadie me impidiera trabajar hasta las dos de la madrugada. Después del divorcio pasé mucho tiempo convenciéndome de que la independencia significaba no tener que explicar mis decisiones a nadie. Con el tiempo empecé a sospechar que había confundido la independencia con la costumbre de guardar silencio.

—Hoy tengo que acordar con él las condiciones de colaboración —dije.

—¿Y qué te da miedo?

Miré la muestra de vidrio.

—Que quiera demasiado.

—¿Y tú?

—Yo también.

Marta no respondió inmediatamente.

—Entonces quizá, por primera vez en mucho tiempo, habléis como dos socios en igualdad de condiciones.

Después de colgar, abrí el portátil y revisé los mensajes. Maurycy había enviado un borrador del calendario de trabajo a las seis y cuarenta y ocho. No contenía cortesías innecesarias. Había fechas, costes, disponibilidad de los hornos y una lista de decisiones que debíamos tomar antes de empezar.

Al final encontré una frase: «Propongo que ambos tengamos derecho a detener el proyecto si deja de ajustarse a nuestros acuerdos».

La leí dos veces.

Después añadí mi propia condición: «Todos los materiales promocionales, presentaciones y publicaciones relacionados con la colección deberán contar con la aprobación previa de ambas partes».

Envié el mensaje antes de empezar a preguntarme si sonaría demasiado tajante.

La respuesta llegó cuatro minutos después.

«De acuerdo. Ven a las once. Quiero enseñarte algo que no se puede enviar por correo electrónico».

No sabía qué me molestaba más: su seguridad en sí mismo o el hecho de que inmediatamente hubiera empezado a preguntarme qué quería decir.

Llegué al taller unos minutos antes de la hora acordada. Ewa me recibió en la oficina y me condujo a una sala que no había visto el día anterior. Sobre una mesa grande habían colocado seis muestras de vidrio, cada una bajo una fuente de luz distinta. Junto a ellas estaban mis dibujos, esta vez sin correcciones a lápiz.